

**ARTURO  
PÉREZ-REVERTE**

Novelista,  
autor  
de 'Falcó'

## «NO TENGO OBLIGACIÓN MORAL DE DEFINIRME»

**LUIS ALEMANY MADRID**

*Falcó*, la nueva novela de Arturo Pérez-Reverte (Alfaguara), llega con los presagios de una serie. El personaje, el desenlace, los secundarios... Todo conforma un paisaje nuevo al que los lectores volverán más de una vez. ¿Qué paisaje? La Guerra Civil, las dos retaguardias por las que se mueve Lorenzo Falcó, un ex traficante de armas empleado por los rebeldes como espía. En su debut, el plan de liberar a José Antonio de la cárcel. Como ordena el género, nada ni nadie en la trama será lo que parece. Ni siquiera Falcó, el aparentemente inmoral. Pérez-Reverte, en cambio, sí que recibe como el profesional impecable que se supone que es: «A mí me lo dice Javier Marías: ahora tienes que acompañar un trecho al libro para que empiece a caminar».

**Pregunta.**— Dicen que Marías y usted son amigos porque juegan a ser Fitzgerald y Hemingway.

**Respuesta.**— La diferencia es que entre nosotros no hay deslealtades. Hemingway era una mala persona que envidiaba a Fitzgerald y lo maltrataba. Marías y yo somos noblemente amigos, jamás nos haríamos esas putadas.

**P.**— Cuando estrena novela, ¿sabe cuándo lleva buenas o malas cartas?

**R.**— No es esa la cuestión. Soy un escritor profesional, sé lo que he hecho y por qué lo he hecho. Una novela debe ser un artefacto que funcione. Y, para que funcione, hay que poner personajes, estructura, estilo... Lo que tú quieras para que funcione. Yo hago el mejor producto posible para que el lector lo reciba de la mejor manera posible. Un lector de 40 países, no sólo de España, lo que significa que hay elementos muy españoles que debo diluir, llevar a un marco más amplio. Yo no puedo ir contándole milongas sobre la Guerra Civil a un lector croata... O sea que el trabajo es un trabajo profesional, procuro que sea lo mejor posible. Y lo dejo salir cuando creo que es el mejor que podía hacer.

**P.**— ¿Y cambia la percepción de las novelas con el tiempo? Libros que pensó que no eran gran cosa y ahora los ve con buenos ojos...

**R.**— Soy un escritor coherente, con un territorio propio, hecho con

los libros leídos, con los viajes, con la vida que he llevado. Una parte de mi vida ha sido intensa, pasé 21 años como reportero. Eso me da un territorio... Cada novela es una parte más de ese territorio. Hay novelas mejores, peores, más o menos acabadas, breves o largas... Pero todas pertenecen a un ambiente familiar. En realidad, no estoy haciendo una novela cada vez, estoy haciendo las partes de un mundo narrativo.

**P.**— Vamos a los escenarios de Falcó. Cartagena, su ciudad...

**R.**— Sí, hay gozo y hay guiños personales en ese escenario pero, en realidad, la novela es la que exige las cosas. Yo no quería hacer una novela sobre la Guerra Civil. Eso lo ve cualquiera que la lee. Yo quería una novela sobre un personaje que es un espía, un golfo, elegante, simpático, aventurero, amoral, torturador, mujeriego, sin ideología, insolidario... Y, al mismo tiempo, intento que sea lo bastante fascinante como para que el lector lo acepte como compañía. Entonces, esa historia requiere un tratamiento geográfico. Me puedo permitir guiños, pero todo lo que está en la novela es lo que la novela me ha exigido.

**P.**— El otro escenario es la Salamanca cortesana de los rebeldes. Esa mezcla de casino de provincias y República de Saló...

**R.**— Pero no hay tanto vicio. Tampoco Saló era lo que salía en la película de Pasolini. Yo he hecho siete guerras civiles y sé que la retaguardia es así siempre. El ambiente, la gente atrapada en el torbellino que cae en un bando u otro es la misma. Es igual siempre. En España no se entiende, siempre quieren que lleves una etiqueta en la novela. ¿Va usted con los buenos? ¿Es usted como Agustín de Foxá o como Cercas? Defínase. Pues no, un novelista no tiene por qué definirse. No existe esa obligación moral, la única obligación es contar una historia y que el lector saque sus conclusiones. El desafío aquí consistía en que el lector aceptara una novela sin buenos y malos. Una novela en la que el protagonista se mueve en esa zona gris en la que se mueve la mayor parte de la gente en las guerras.



JAVI MARTÍNEZ

«INCLUSO LOS PEORES CANALLAS, CUANDO RASCAS, TIENEN UNA MADRE, HIJOS...»

«QUIEREN QUE LLEVES UNA ETIQUETA: ¿VA USTED CON LOS BUENOS? DEFÍNASE»

**P.**— El reto del libro es coger a un personaje amoral y llevarlo hasta un límite en el que tiene que ser noble, ¿verdad?

**R.**— Eso también lo he visto, no me lo han contado. Incluso los peores canallas, y he visto muchos, asesinos e hijos de la gran puta, cuando rascas y los miras a los ojos, resulta que tienen una madre,

unos hijos, una infancia... Eso, para un novelista, es oro puro. Los buenos y los malos compactos y redondos son aburridísimos.

**P.**— El lenguaje de *Falcó* es áspero... ¿No le tentó tomar ese español relamido del franquismo?

**R.**— Es que así hablan los malos de cartón de las novelas de cartón.

**P.**— Pero el franquismo se expresaba así, con juegos florales.

**R.**— En los discursos hablaban así. En casa, hablaban como cualquier persona. Nunca vi un serbio decir «La patria serbia milenaria de la que somos herederos por la batalla de Kosovo»... No: sus frases eran: «Estos cabrones mataron a mi madre».

**P.**— Hay un momento en el que Falcó se burla de la lírica falangista.

**R.**— Falcó se burla de la retórica de su bando. De las frases hechas... Es lo que me interesa de la Guerra Civil, que sea un fondo narrativo. Porque yo no quiero explicarla ni explicar el franquismo. Tengo clarísimo que el franquismo era malo; nunca dedicaría una novela a explicar esa obviedad.

**P.**— Leí una frase el otro día: «Hubo un bando que defendía la ilustración y otro que iba en contra. Eso al margen de que no todos los que apoyaron a la República fueran ilustrados ni todos los que apoyaron a los rebeldes fueran contra la cultura».

**R.**— En eso estoy de acuerdo. Hay una cosa indiscutible. Hubo un bando que tenía la razón y la legitimidad, que era la República, y otro no lo tenía, que era el de los rebeldes y los militares. Es tan indiscutible eso que ese nivel no me interesa. Yo estoy en otro nivel, el de los seres humanos. Los que estaban allí, matando o muriendo. Y allí las cosas ya no están tan claras.

**P.**— ¿La vida es igual de vil en los dos lados?

**R.**— En Croacia yo sabía muy bien quiénes eran los malos: los serbios, claro. Pero en la trinchera, eran los mismos desgraciados los que estaban dando tiros. En ese nivel se mueve esta novela.

CONTINÚA EN PÁGINA SIGUIENTE

## VIENE DE PÁGINA ANTERIOR

**P.**— Lo imagino al componer la novela: «No hay valor para escribir una historia en la que los falangistas sean los buenos chicos».

**R.**— No son tan buenos chicos, son normales. Matan, torturan y mueren como todo el mundo en una guerra civil.

**P.**— Sí son idealistas.

**R.**— ¿Quién podría negarles la condición de idealistas a los jóvenes falangistas? No se puede concederle la condición de idealista a un socialista o a un comunista y negársela a un falangista. Los jóvenes, digo; luego estaban los hijos de puta oportunistas... Como en todas partes. Puedes estar en desacuerdo con ese idealismo, pero idealistas eran.

**P.**— ¿Qué opina de José Antonio?

**R.**— No tengo opinión. Aquí sólo veo en él material narrativo.

**P.**— ¿La novela hubiese funcionado con Falcó a la orden de la República?

**R.**— Hubiera sido muy poco original. Parece que se da por sentado que el protagonista tiene que ser republicano. Un espía a las órdenes de los franquistas me daba más posibilidades narrativas, más originales que al contrario. Era más intenso: un tipo sin ideología trabajando para los franquistas. Un tipo sin moral ni fe, en ese bando, daba mucho juego.

**P.**— Si Dios le da cinco novelas más para Lorenzo Falcó, ¿por dónde creará el personaje?

**R.**— Ésta iba a ser una novela que se terminara en sí misma. Pero me lo pasaba muy bien y, a medida que avanzaba, pensaba: «no quiero terminar con este tipo, con este mundo... Me quedan cosas que contar». Y le fui inventando un final cada vez más abierto. Otra más, como mínimo, habrá. Seguro.

**P.**— ¿Le sirven estas novelas para estar menos loco?

**R.**— Para el escritor, una novela también es aclarar cosas, comprenderse a uno mismo. Yo no soy Falcó: yo tengo códigos y tengo reglas. Jamás torturaría a nadie. Pero compartimos una forma de ver el mundo. Cuando lo pongo mirando la tortura, ordeno mi propia mirada. Cuando escribo sobre violencia y muerte, me estoy explicando a mí mismo. Es un acto personal higiénico. No es cuestión de locura, soy un tipo equilibrado. Pero llevo una mochila llena de recuerdos y fantasmas que me rondan de noche y se empeñan en acompañarme. Escribir me ayuda a llevarme mejor con ellos.

**P.**— Pero su vida ha consistido en ir al encuentro de esos fantasmas.

**R.**— Yo no sabía que iban a ser fantasmas, pensaban que iban a ser recuerdos de aventuras. Pues no, se volvieron fantasmas. Veo Alepo en la tele y veo la misma gente que siempre. O en Haití... Son los mismos. Si inventas unos personajes y les prestas tus recuerdos, todo es mucho más soportable. Por eso digo que, para mí, escribir novelas es un poco como tomar aspirinas.



Iñaki Arteta en un momento del rodaje del documental 'Contra la impunidad', que se presentará en la Seminci. EL MUNDO

## CINE DESPUÉS DEL TERRORISMO DE ETA

## «EL ODIO SIGUE INTACTO»

Iñaki Arteta vuelve a enfocar la cámara donde nadie quiere mirar: 'Contra la impunidad', que se verá en la Seminci, discute el clima de reconciliación empeñado en olvidar a costa de las víctimas

**LUIS MARTÍNEZ MADRID**  
*Contra la impunidad* no es tanto el título de la última película de Iñaki Arteta, que también, como la expresión más elemental de quizá un deseo unánime y por ello compartido. O tal vez no. De hecho, si por algo sorprende la cinta que la semana que viene se proyectará en la Seminci de Valladolid es por lo poco evidente que a veces resulta la más elemental de las evidencias. «Es todo muy raro. Tengo la impresión de que la sociedad vasca ha acabado por premiar a los que defendían a los que mataban y ha castigado, de nuevo, a los que se jugaban de verdad la vida», comenta el director; se toma un segundo y sigue: «A las víctimas se les exige que perdonen, que olviden, que se reconcilien; y a los que antes asesinaban se les saluda como hombres de paz a los que ya no hay que pedir cuentas de nada. Es más, se les agradece que ya no maten. Es, cuanto menos, raro. O enfermo». Y ahí lo deja.

La reflexión de Arteta es básicamente el aire que respira buena parte de su filmografía en general y esta última película de forma muy concreta. La película nace de una evidencia (otra): más de 300 asesinatos de ETA permanecen a fecha de hoy sin resolver. En unos casos desidia, en otros negligencia y en los últimos, quién sabe, tal vez un silencio interesado. Y así por la pan-

talla desfilan los testimonios de las hijas del comandante Manuel Velasco, el de la viuda del empresario Patxi Arratibel, el de la hija de Manuel Paredes y Elena Montero (señalados como toxicómanos por sus asesinatos), el del nieto del taxista Manuel Albizu, el del también nieto del también empresario Javier Ybarra o el de la hija del jefe máximo de la policía autónoma vasca, Carlos Díaz Arcocha. Ellos son sólo algunos de todos aquellos que se han quedado sin ver un juicio, un culpable, ni siquiera un error judicial. Nada. Pura impunidad.

«Tengo la impresión que los que somos vascos hemos crecido mirando a donde nunca pasa nada. Cuando mataba ETA, no ocurría nada. Todos miraban para otro lado. Y ahora se nos dice que miremos al futuro. Creo que ésta es una manera muy perversa de leer la historia. Al revés, yo creo que es en este momento, que ya no hay muertos, cuando empieza lo bueno. Es el momento de contar lo que pasó, de hacer balance. Ya se puede hablar sin ser amenazado por nadie. No es el momento de callar sino todo lo contrario», dice Arteta para justificar el trabajo que desde hace más de 15 años desarrolla. Siempre pendiente de las sombras, siempre entregado a discutir la placidez de los lugares comunes. «En realidad, el discurso que ha triunfado es el de la pereza.

Unos están cansados y, de forma comprensible, quieren olvidar tanto horror, y otros, también comprensiblemente, tienen prisa para que se olvide todo», concluye.

De nuevo, como ya ocurriera en 1980, su anterior producción, y mucho antes en *Trece entre mil*, la película se limita a moldear con gesto frío y pausado el valor simple y contundente de la evidencia. Quizá lo obvio. Expertos como el historiador Raúl López Romo, el periodista de investigación Juanfer F. Calderín, el

el dolor de cada testimonio. Y todo para abrir una brecha que parta en dos lo real. ¿Y por qué no son tratados los asesinos de aquí como los de la brutal dictadura Argentina, por ejemplo? ¿No son acaso todos crímenes de lesa humanidad?

«El problema es la sociedad vasca no ha derrotado al terrorismo. No hay nadie que pueda decir una cosa así. Y quien lo dice miente. Mucha gente aquí ha vivido en un limbo donde siempre asesinaban a otros. Lo que pasó no les importaba entonces y ahora mucho menos», comenta. Y sigue: «Basta mirar lo que ha pasado en Alsasua. El odio de antes es el de ahora. El odio que impulso a muchos a matar sigue intacto. Siguen pensando que hicieron bien y nadie les ha castigado, aunque sólo sea socialmente, por ello. Al contrario, son saludados como héroes, es como tener a los generales nazis cómodamente sentados en el escaño. No ha habido un juicio de Nuremberg. Estamos hablando de gente que diseñó planes para exterminar alcaldes, que decidió una ofensiva de asesinatos para poner sobre la mesa de negociación con el Estado cuantos más cadáveres mejor... ¿Alguien se imagina lo que pasaría si Amedo se presentara a alcalde en Majadahonda? Pues eso está pasando». Contra la impunidad, decíamos, no es sólo quizá el título de una película.

«ALSASUA ES LA PRUEBA DE QUE SE QUIERE LA RECONCILIACIÓN CONTRA LAS VÍCTIMAS»

«UNOS ESTÁN CANSADOS Y QUIEREN OLVIDAR, Y OTROS TIENEN PRISA PARA QUE SE OLVIDE»

catedrático de Derecho Internacional Carlos Fernández de Casadevante o el ex juez Baltasar Garzón secundan y acompañan con datos